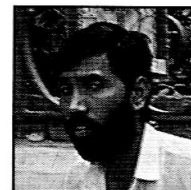


El movimiento estudiantil mexicano de 1968.

*Treinta años de debates públicos**

Vania Markarian
Columbia University



La "noche de Tlatelolco" condensa hoy el recuerdo del movimiento estudiantil mexicano de 1968. Durante la noche del 2 de octubre de ese año, hombres, mujeres y niños asistentes a un mitin estudiantil en la plaza de Tlatelolco murieron bajo el fuego cruzado de funcionarios de los distintos servicios de seguridad y vigilancia. A más de treinta años, el misterio empieza a develarse: ¿quiénes dispararon?, ¿quién dio la orden?, ¿cuántos murieron? Aunque se ha avanzado muy lentamente en la respuesta a esas preguntas, mucho se ha discutido sobre el significado de aquella noche en la historia contemporánea de México, sobre el régimen político y el movimiento social que la hicieron posible. A partir de estas discusiones, la referencia a esos acontecimientos se volvió una forma ineludible de legitimar la participación en la vida política mexicana.

Este trabajo analiza tres décadas de debates públicos sobre 1968, buscando describir los cambios ocurridos en las formas de entender y recordar ese pasado cercano. No pretende, por lo tanto, reconstruir los avatares del movimiento estudiantil mexicano de ese año sino analizar las expresiones de quienes participaron en la discusión pública de esos acontecimientos. La referencia a la "discusión pública" acota este estudio a las impresiones, opiniones y recuerdos que diversos grupos e individuos compartieron en el ámbito público a través de diarios, revistas, libros, actos y discursos. Además de definir un conjunto de fuentes, tal referencia reconoce las discusiones generadas en torno al uso de términos como "memoria colectiva" y "memoria histórica" al analizar las relaciones de un grupo con su pasado. Este trabajo busca apartarse de una línea analítica que supone la existencia de representaciones del pasado comunes a toda una población o de recuerdos compartidos por todos quienes vivieron ciertos hechos. Como dicen Em-

manuel Sivan y Jay Winter, es muy difícil determinar "vínculos significativos entre los procesos psicológicos cognitivos individuales y las representaciones y gestos culturales de los grupos".¹ Es posible, sin embargo, analizar las acciones de quienes participaron en la discusión pública de ciertos episodios a partir de sus intereses particulares, y eso es lo que se propone este trabajo.

El estudio de las conversaciones públicas sobre el pasado cercano puede relacionarse con la noción de esfera pública. Según la formulación de Jürgen Habermas, esta noción refiere al surgimiento en Gran Bretaña, Francia y Alemania en los siglos XVII y XVIII de un espacio donde los ciudadanos discutían sus intereses privados en términos racionales e igualitarios. La creación de mecanismos de exclusión y la definición de principios de autoridad para delimitar ese espacio, han sido algunos de los aspectos más debatidos de ese modelo, fundamentalmente al estudiar la problemática social y política de los siglos posteriores, con el desarrollo de la democracia de masas, los roles sociales del Estado y los medios de comunicación masivos.² En el marco de esos debates, adquiere especial interés el uso del pasado re-

ciente como un mecanismo de legitimación de la participación en la esfera pública. La discusión pública del pasado permite fundamentar las conductas presentes de los diferentes participantes y éstas, a su vez, condicionan sus recuerdos y opiniones sobre las experiencias debatidas. Mediante narraciones de orígenes y explicaciones en clave histórica, los diferentes actores definen sus identidades sociales y políticas, así como los términos y límites de sus interacciones en el ámbito público.

Al estudiar los debates sobre los acontecimientos de 1968 en México se trata, entonces, de analizar quiénes y cómo han hablado de esos hechos a lo largo de treinta años. Entre las primeras versiones oficiales y las conmemoraciones masivas de ese hecho, 1968 se convirtió en un poderoso mito político, un hito que representa lo que, para muchos actores políticos y sociales, México y los mexicanos, son o debieran ser.³ A través de la identificación de los participantes, los ejes de sus discusiones y sus modalidades de expresión, es posible describir el proceso de construcción de 1968 como un mecanismo de legitimación de la participación en la esfera pública.

El periodo inmediatamente posterior a 1968 estuvo marcado por el intento de imponer una versión oficial que cerrara la discusión sobre el movimiento estudiantil a través de la exclusión política de quienes se manifestaran favorables al mismo. En los años siguientes, el gobierno buscó distanciarse de la actitud oficial anterior; mientras tanto los ex militantes estudiantiles fundaban sus posiciones políticas en diferentes visiones de los acontecimientos que habían protagonizado en 1968. De este modo, apareció un grupo de actores que se definían en la esfera pública mediante la referencia a los sucesos de ese año. Al principio, sus voces tuvieron una repercusión muy limitada, pero hacia la segunda mitad de los años ochenta muchos de los ex militantes estudiantiles se integraron a un amplio movimiento opositor que proclamó sus orígenes democráticos en las movilizaciones de 1968, dándoles resonancia nacional. Con el afianzamiento de las voces opositoras la referencia a esos acontecimientos se volvió ineludible para todos los actores políticos. En los últimos tiempos, la discusión pública de esos hechos se ha unido a un reclamo por su esclarecimiento, fundado en el valor democratizador de la verdad y la memoria. Los debates sobre el movimiento estudiantil y la represión gubernamental de 1968, entonces, han servido para definir la participación política de actores de creciente importancia en la vida pública nacional. Ese recorrido es el que analizan las siguientes páginas.

1. Verdades oficiales

Desde mediados de 1968 hasta principios de 1969 la atención pública mexicana estuvo centrada en el surgimiento, actuación y desarticulación del movimiento estudiantil, en medio del clima de expectativa generado por las Olimpiadas celebradas en octubre de 1968.

Hasta ese momento, el gobierno del PRI había contado con gran legitimidad, fruto de varias décadas de crecimiento económico, estabilidad política y paz internacional. Existía un cierto consenso en torno a la idea de que México había creado una alternativa de desarrollo en el contexto latinoamericano. Las organizaciones oficialistas de trabajadores y campesinos proveían una base popular para el régimen, al tiempo que la disidencia política —minoritaria y relativamente marginal—, era sistemáticamente reprimida sin mayores repercusiones. Más tarde o más temprano, las estructuras del PRI terminaban por absorber o eliminar toda protesta articulada. Si había mayores cuestionamientos a la legitimidad del gobierno, éstos no fueron notorios hasta que el movimiento estudiantil logró concitar la adhesión de grandes sectores de la sociedad.⁴

Surgido a partir de la represión policial de pequeñas demostraciones en julio de 1968, el movimiento estudiantil fue ampliando su convocatoria alrededor de un conjunto de reclamos que poco tenían que ver con la vida universitaria en sentido estricto: indemnización a los familiares de los heridos y muertos durante los disturbios, liberación de los "presos políticos", disolución de los cuerpos represivos, destitución de las autoridades policiales de la ciudad de México y abolición de las leyes que tipificaban delitos de "disolución social". A estos reclamos se sumó la demanda de un "diálogo público" entre el gobierno y los estudiantes para resolver el conflicto. Si bien diversos grupos y partidos de izquierda tuvieron un rol importante en la consolidación del movimiento y en la articulación de sus demandas, éste concitó la adhesión masiva de estudiantes hasta entonces bastante ajenos a toda

* Este trabajo fue presentado para cumplir con una parte de las exigencias curriculares del programa de doctorado en historia latinoamericana de Columbia University. En ese contexto, Pablo Piccato me sugirió el tema y trató de guiarme en el mapa intelectual y político de México. Por eso existe este artículo, aunque, huelga decir, todas las responsabilidades son mías. Lo mismo vale para Renato González Mello, que criticó un primer plan de trabajo, y para los dos lectores anónimos que recomendaron su publicación en este Anuario. A todos ellos mi agradecimiento. 1. Estos autores buscan definir un campo de estudio de la historia cultural distanciándose de la historiografía francesa relacionada con la "histoire des mentalités". Sobre las discrepancias académicas en torno a esos temas y los intentos de establecer un nuevo marco para el estudio de los problemas relacionados con la "memoria colectiva" ver Emmanuel Sivan y Jay Winter (eds.), *War and Remembrance in the Twentieth Century*,

Cambridge University Press, New York, 1999, pp. 1-39.

2. Ver Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, The MIT Press, Cambridge, MA, 1989. Para una revisión de los debates en torno al concepto de "esfera pública" ver Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, MIT Press, Cambridge, MA, 1992.

3. Por razones prácticas, no se incluye en esta discusión la producción en inglés sobre el movimiento estudiantil de 1968. La literatura extranjera sobre México mostró el impacto de estos acontecimientos con una nueva ambigüedad respecto al régimen político nacido de la revolución de 1910. Más complejo resulta evaluar su influencia en las discusiones públicas en México, línea de investigación de un trabajo más ambicioso que el presente. Agradezco la sugerencia de este punto a uno de los lectores anónimos que recomendó la publicación de este artículo.

4. Ver Leslie Bethell (ed.), *Mexico since Independence*, Cambridge University Press, New York, 1991, pp. 352-360.

actividad política. El rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Javier Barrios Sierra, cumplió un papel central en ampliar los apoyos al movimiento, con su pronunciamiento en contra de los excesos policiales y en defensa de la autonomía universitaria. A medida que se sucedían los enfrentamientos callejeros y aumentaba la brutalidad policial, el movimiento estudiantil ganaba en convocatoria pero, también, se radicalizaba. A pesar del usual tono moderado del organismo coordinador del movimiento (Consejo Nacional de Huelga, CNH), la violencia física y verbal formaba parte de la acción y el discurso de muchos militantes.

Así, se fue haciendo evidente la ruptura del consenso sobre los fundamentos de la vida política mexicana. Esta ruptura se manifestó en extensos debates públicos sobre las actividades del movimiento y las características del régimen político que lo reprimía. Mientras los estudiantes y sus aliados proponían una crítica virulenta del prolongado gobierno del PRI, descalificando al régimen y a sus principales funcionarios, el gobierno usaba todos los mecanismos a su alcance para desacreditar al movimiento. En su cuarto informe de gobierno, el 1 de septiembre de 1968, el Presidente Díaz Ordaz acusó a los estudiantes de "apátridas", imitadores de París, seguidores de Praga, Cuba y China, aliados del comunismo internacional. La descalificación del oponente político en términos de exclusión nacional, recurso usual de la lucha política, fue ganando el discurso oficial sobre el movimiento estudiantil,

repetido hasta el cansancio por la prensa oficialista y los voceros del gobierno.⁵

En medio de ese clima de mutua descalificación, exacerbada violencia verbal y física, enfrentamientos callejeros, ocupaciones de escuelas, muertos y detenidos, el CNH convocó a otro mitin en la Plaza de las Tres Culturas, frente al complejo de viviendas de Tlatelolco en la zona céntrica de la ciudad de México. Las versiones sobre lo acontecido el 2 de octubre siguen siendo contradictorias e imprecisas. Sin embargo, protagonistas y espectadores acuerdan en que funcionarios de los distintos servicios de seguridad y vigilancia mexicanos balearon sorpresivamente a miles de personas presentes en el mitin. Durante y después de la balacera, cientos de personas fueron detenidas por policías y soldados.

En las horas siguientes, el Secretario de la Defensa Nacional, General Marcelino García Barragán, y el vocero de la presidencia, Fernando Garza, declararon a la prensa nacional e internacional que el ejército mexicano había intervenido en la movilización estudiantil para ayudar a la policía a mantener el orden. Aludieron a la presencia de provocadores ajenos al movimiento estudiantil y dieron cifras de muertos y heridos inferiores al centenar.⁶ Aportaron poca evidencia y la que proporcionaron era obviamente insuficiente y contradictoria. Las declaraciones de los funcionarios del gobierno, tanto civiles como militares, se sucedieron en términos similares, sin identificar claramente a los atacantes ni coincidir en el número de muertos, heridos y detenidos.⁷ A

partir de esas declaraciones, se fue gestando la "verdad oficial" acerca de lo sucedido el 2 de octubre. Con variantes, esta versión afirmaba que, al aproximarse a la Plaza de las Tres Culturas, el ejército había sido recibido por "francotiradores" desencadenándose un enfrentamiento que provocó heridos y muertos, tanto del ejército como de los estudiantes. La actuación de "fuerzas extranjeras", la participación de intelectuales y políticos resentidos con el gobierno y el patriotismo demostrado por el régimen y el presidente completaban esa versión difundida por la prensa oficialista y los funcionarios oficiales.⁸ Esta visión resaltaba, además, que las Olimpiadas podían ya celebrarse sin obstáculos. A fin de año, la mayor parte de los detenidos en octubre fue amnistiada y un grupo fue sentenciado a penas de entre tres y diecisiete años. En diciembre, en medio de un clima de continuada represión y persecución, el CNH levantó la huelga y los universitarios volvieron a clase.

El gobierno puso fin al movimiento y montó un operativo para deslegitimar todas las voces opositoras. Las denuncias del dirigente estudiantil Sócrates Amado Campos Lemus y de la escritora Elena Garro cumplieron un papel importante al afirmar que la

revuelta había sido instigada por "intereses espurios" entre los cuales destacaban los intelectuales de izquierda.⁹ Desde la clandestinidad, el CNH desmintió esas versiones. Los informes de la prensa extranjera, las declaraciones de muchos intelectuales mexicanos y los comunicados de diversos grupos políticos y sociales también contradijeron la "verdad oficial" y lograron abrir un debate que se prolonga hasta hoy.¹⁰ La comentada renuncia de Octavio Paz a la embajada de México en la India fue especialmente significativa al romper la disciplina interna y dañar la imagen que el gobierno buscaba difundir en el exterior.¹¹ Aunque aportaron relatos contradictorios sobre lo sucedido el 2 de octubre y no coincidieron en el número de muertos y heridos, todas esas versiones señalaron que la manifestación estudiantil había sido pacífica y destacaron la inusitada violencia gubernamental.¹² Vecinos, familiares y amigos también manifestaron públicamente su protesta y dolor depositando velas y flores en la plaza de Tlatelolco el 2 de noviembre de 1968, Día de Todos los Muertos. Estas expresiones influyeron de manera significativa pues cuando Díaz Ordaz, en septiembre de 1969, asume toda la responsabilidad "por las decisiones

5. Un excelente análisis de las políticas de la Secretaría de Gobernación ver: Sergio Aguayo Quezada, 1968: *Los archivos de la violencia*, Editorial Grijalbo, México, 1998, pp. 131-135. Por otras actitudes y posiciones frente al movimiento, incluyendo acusaciones de ser instigado por la CIA ver Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México*, julio-diciem-

bre de 1998, Ediciones Era, México, 1969, pp. 93-139.

6. R. Ramírez, *El movimiento estudiantil...*, op. cit., pp. 387-388.

7. Aguayo da cuenta de seis diferentes fuentes de información gubernamentales. Ver S. Aguayo, 1968, op. cit., p. 249.

8. A partir del análisis de los artículos publicados en periódicos y revistas mexicanas en la semana posterior al 2 de octubre, Aguayo prueba que la prensa privilegió las opiniones del gobierno, minimizó las voces contrarias o críticas y justificó la represión en la actuación de "fuerzas extranjeras". *Ibid.*, pp. 268-269.

9. Sobre la visión de lo ocurrido el 2 de octubre como el resultado de una "conjura" instigada por extranjeros y "malos mexicanos," especialmente intelectuales, ver Jorge Volpi, *La imaginación y el poder: Una historia intelectual de 1968*, Ediciones Era, México, 1998, pp. 327-361. Además de Volpi, muchos analistas y observadores han señalado la aparición de una serie de libros y folletos dedicados a desprestigiar al movimiento estudiantil como parte de un operativo gubernamental en ese sentido. El ejemplo más claro fue el panfleto anónimo *El Mondrigo: Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*, Alba Roja, México, 1968. Ver también Rubén

Rodríguez Lozano, *El gran chantaje*, Ediciones Fomento de la Cultura, México, 1968; Roberto Blanco Moheno, *Tlatelolco: Historia de una infamia*, Diana, México, 1969; Edmundo Jardón Arzate, *De la ciudadela a Tlatelolco: México, el islote intocado*, Fondo de Cultura Popular, México, 1969.

10. Ver R. Ramírez, *El movimiento...*, op. cit., pp. 387-533.

11. Sobre la renuncia de Paz y sus repercusiones, ver J. Volpi, *La imaginación...*, op. cit., pp. 369-380.

12. Sobre las opiniones críticas de la prensa extranjera y los intelectuales mexicanos ver R. Ramírez, *El movimiento estudiantil de México*, op. cit., pp. 369-404 y S. Aguayo, 1968, op. cit., pp. 287-292. El distanciamiento entre la *intelligentsia* y el gobierno también es señalado en L. Bethell, (ed.), *Mexico since Independence*, op. cit., p. 361.

del gobierno en relación con los sucesos del año pasado" y la defensa de la intervención del ejército y sus ataques al movimiento estudiantil, cayeron en un ambiente ya bastante poco receptivo a las versiones oficiales.¹³

2. Un debate encerrado

Al asumir la presidencia Luis Echeverría en 1970 cambió la posición oficial sobre los acontecimientos de 1968. El nuevo presidente quiso dar renovada legitimidad a su gobierno, poniendo fin a la extrema polarización del periodo anterior, cuando las posiciones críticas de intelectuales y estudiantes habían sido unánimemente atacadas por funcionarios del gobierno y voceros oficialistas.¹⁴ Echeverría buscó, en particular, limpiar su imagen del estigma de haber sido el Secretario de Gobernación durante los sucesos de Tlatelolco y, según muchas denuncias, uno de los principales

responsables. Ya durante la campaña electoral había guardado un minuto de silencio por los muertos del 2 de octubre, en un acto que sigue siendo objeto de controversias.¹⁵ Luego de tomar el mando, el presidente liberó a presos políticos y dirigentes estudiantiles enfatizando su distanciamiento de la represión de 1968 y las primeras versiones oficiales al respecto.¹⁶ Al mismo tiempo, su gobierno resolvió dedicar especial atención y recursos a la educación superior, apaciguando reclamos todavía latentes en el medio universitario.¹⁷ Por otro lado, la represión gubernamental contra la oposición continuó, así como la negativa de investigar a los responsables. El 10 de junio de 1971 un grupo paramilitar disparó contra una manifestación de estudiantes en homenaje a algunos dirigentes recientemente liberados. Luego de protestar airadamente y aceptar la renuncia de algunos funcionarios, el presidente nada hizo por esclarecer los hechos.

Estas señales e iniciativas ambiguas del propio Echeverría crearon una visión oficial bastante contradictoria de lo sucedido en 1968, pero también habilitaron un espacio legítimo para expresar posiciones disidentes. Contrastando con los libros y folletos pro gubernamentales aparecidos antes de 1970, los trabajos más importantes publicados, luego de la asunción de Echeverría, se opusieron abiertamente a las acciones del gobierno en 1968.¹⁸ Entre 1970 y 1971, personas tan disímiles como el cronista Carlos Monsiváis, el consagrado Octavio Paz, el ex integrante del CNH Luis González de Alba y la periodista Elena Poniatowska publicaron sus visiones sobre los acontecimientos de 1968.¹⁹ Más allá de sus diferencias de opinión y estilo, estos cuatro personajes denunciaron la represión oficial e

impusieron la consideración de los sucesos de Tlatelolco como una señal inequívoca de las contradicciones de la vida nacional, afirmando el contenido democrático de los reclamos estudiantiles.

En este periodo, además, los ex militantes del movimiento, muchos de los cuales habían estado presos durante los últimos años del sexenio de Díaz Ordaz, se replantearon sus opciones políticas con base en diferentes evaluaciones de sus experiencias de 1968. Un número importante se integró a los espacios de participación promovidos por el PRI con el fin específico de mediatizar los reclamos de estudiantes e intelectuales.²⁰ Por otro lado, la persistente represión de la oposición más radical promovió la incorporación de numerosos militantes a diferentes movimientos guerrilleros urbanos y rurales.²¹ Entre los

13. Gustavo Díaz Ordaz, *Quinto Informe que rinde al H. Congreso de la Unión el C. Presidente de la República*, Presidencia de la República, México, 1969.

14. Un agudo análisis contemporáneo del gobierno de Echeverría, ver Daniel Cossío Villegas, "La reforma política de Echeverría", *Excelsior*, 27 al 31 de julio de 1974.

15. En la bibliografía consultada aparecen tres versiones de este acontecimiento. Poniatowska relata que "un muchacho de apellido Hiraes, en Tijuana, le obligó a guardar un minuto de silencio... Cuando el presidente quiso agregar a los soldados muertos, el estudiante le dijo: No señor, aquí somos nosotros los que ponemos las condiciones." Ver Elena Poniatowska, "El movimiento estudiantil de 1968," *Vuelta* 1, p. 7 (junio 1977); 24. Según Álvarez Garín, en noviembre de 1969 durante un acto de su campaña electoral en Morelia, Echeverría fue obligado a guardar un minuto de silencio en memoria de los estudiantes muertos en Tlatelolco, a lo que el candidato agregó que lo hacía "por todos los caídos". Ver Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco: Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil de 1968*, Grijalbo, México, 1998, p. 210. Volpi relata aproximadamente la misma historia pero la ubica en

Tijuana. Ver J. Volpi, *La imaginación y el poder*, op. cit., p. 421.

16. La posibilidad de ser liberados ocasionó muchas discusiones entre los presos vinculados al movimiento estudiantil. En principio, éstos habían pedido la amnistía general para todos los "presos políticos". El gobierno de Echeverría estaba interesado en terminar con el problema pero rechazaba la amnistía para no reconocer la existencia de presos por motivos políticos. Finalmente, el gobierno propuso el "exilio voluntario" de los ex dirigentes del movimiento, solución que muchos terminaron aceptando. Otro grupo rechazó esta posibilidad y fue liberado "bajo protesta". Ambas situaciones revelaron el controvertido papel del sistema judicial mexicano y el claro contenido político de los procesos penales de 1968. A este respecto ver AAVV, *Los procesos de México 68: Acusaciones y defensa*, Editorial Estudiantes, México, 1970. Una posición contraria a la aceptación de los términos del gobierno en 1971, ver José Revueltas, *México 68: Juventud y revolución*, Ediciones Era, México, 1978, pp. 284-300. Una posición favorable, ver la nota de Gilberto Guevara Niebla en *Ibid.*, pp. 346-347.

17. Ver Claude Bataillon, "El nuevo estilo de Echeverría (III)", *Excelsior*, 25 de enero de 1975.

18. La excepción fueron los dos volúmenes publicados por Ramón Ramírez en 1969 que, de hecho, eran más reconstrucción cronológica y recopilación de fuentes que análisis. Ver R. Ramírez, *El movimiento estudiantil de México*.

19. Monsiváis construyó una visión desencantada de la vida nacional "a la luz del 2 de octubre". Ver Carlos Monsiváis, *Días de guardar*, Ediciones Era, México, 1970. En octubre de 1969, Paz pronunció una conferencia en la Universidad de Austin, Texas, postulando también el "efecto iluminador" del 2 de octubre. Continuando *El laberinto de la soledad*, Paz enmarcaba los sucesos de Tlatelolco en una ambiciosa interpretación de la historia de México como "expresión simbólica" de una "realidad escondida", donde las claves recurrentes eran el antecedente azteca, sus ritos y sacrificios. Habiendo marcado su alejamiento del régimen del PRI, Paz evidenciaba ahora sus diferencias con los "profetas de la revolución" y reclamaba la "reforma democrática" como un fin en sí misma. Ver Octavio Paz, *Posdata*, Siglo XXI, México, 1971. Editados también en 1971, los trabajos de González de Alba y Poniatowska promovieron el uso del género testimonial como forma privilegiada para referirse a 1968. La perspectiva testimonial era inevitable para el primero, miembro destacado del CNH, quien reunía análisis político y evocación introspectiva. Ver Luis González de Alba, *Los días y los años*, Ediciones Era, México, 1971. Poniatowska, en tanto, hacía del testimonio un género literario a partir de un "collage" de declaraciones, titulares, poemas y consignas, creando la ilusión de un acceso directo a lo sucedido en 1968. Ver Elena

Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, Ediciones Era, México, 1971. Otro testimonio, ver Javier Barros Sierra, 1968: *Conversaciones con Gastón García Cantú*, Siglo XXI, México, 1971.

20. Para una reseña de este proceso, ver J. Volpi, *La imaginación y el poder*, op. cit., pp. 421-423 y L. Bethell, ed., *México since Independence*, op. cit., p. 366. Una versión personal, ver el relato del ex militante estudiantil Emery Ulloa: su detención el 2 de octubre de 1968, su actuación en la guerrilla maoísta, su participación en el rectorado de Pablo González Casanova y su final integración al PRI, en *Excelsior*, 28 al 31 de marzo de 1985. Además la gran propaganda de las reformas constitucionales de la "apertura democrática", también el recibimiento de exiliados de diversos países latinoamericanos y las posiciones internacionales en defensa de los derechos humanos contribuyeron al apoyo de ciertos sectores al gobierno de Echeverría. Ver Claude Bataillon, "El nuevo estilo de Echeverría (IV)", *Excelsior*, 28 de enero de 1975.

21. Para una justificación pública de la "vía de las armas" fundada en los sucesos de Tlatelolco ver la "Carta abierta por el 2 de octubre", publicada en la revista *¿Por qué?* y reproducida en Leopoldo Ayala, *Nuestra verdad: Memorial del Movimiento Estudiantil Popular y el Dos de Octubre de 1968*, Joaquín Porrúa, México, 1989, pp. 59-65. Otro fenómeno de radicalización política "hacia la izquierda" mencionado como consecuencia de los sucesos de 1968 fue el de "los enfermos", un grupo estudiantil que actuaba en la Universidad de Sinaloa. Ver, por ejemplo, E. Poniatowska, "El movimiento estudiantil de 1968", p. 24.

extremos de la guerrilla y la asimilación al gobierno, muchos tomaron otros caminos de participación en la vida pública. Los intentos de volver a actuar en el ámbito universitario y la integración a organizaciones obreras y campesinas expresaron esta posición. La revista *Punto Crítico*, fundada por varios ex presos, fue otro ejemplo relevante, desde donde se intentó poner en perspectiva política los sucesos de 1968.²² Si, por un lado, era evidente que los ex integrantes del movimiento diferían sobre las formas adecuadas de continuar su actividad pública, era también claro que 1968 se había convertido en la referencia que fundaba sus opciones políticas y personales. Este mecanismo valía tanto para los ex militantes como para un grupo, un poco más amplio, de coetáneos.²³ 1968 era ya el hito que marcaba una generación.

La experiencia definitoria de esa generación era la represión gubernamental de su despertar a la vida pública, opacando en esa evocación el tono festivo de rebelión generacional que los años sesenta tuvie-

ron en México y en el mundo. Con el tiempo, esa experiencia trágica se transformó en un principio de autoridad para hablar de los acontecimientos de 1968. Sin embargo, no hubo en ese entonces intentos consistentes por aclarar lo sucedido el 2 de octubre. Quienes proclamaban su condición de víctimas no lograban ir más allá de las reiteradas acusaciones a Díaz Ordaz, Echeverría y García Barragán o al gobierno, el sistema y el imperialismo.²⁴ Mientras los supuestos responsables de la represión homenajearon a sus víctimas y satisfacían parte de sus demandas, los supuestos herederos del movimiento no podían probar los pocos datos en los que coincidían cuando hablaban de los acontecimientos que habían protagonizado unos pocos años atrás. La repetición de un lenguaje cargado de imágenes y metáforas de las muertes del 2 de octubre no derivaba en una valoración más ajustada de las acciones y responsabilidades de todas las partes involucradas.²⁵ Además, la afirmación de la autoridad testimonial y el énfasis en la represión limitaban la manifestación de opinio-

nes fundadas en otros principios de legitimidad. Así, la discusión se fue reduciendo a los ámbitos en que actuaban ex líderes, militantes de izquierda y algunos universitarios, más ocupados en debatir sus diferencias internas que en extender la discusión a sectores más amplios de la sociedad mexicana.

A diez años del movimiento algunas voces empezaron a cuestionar públicamente las imágenes construidas por los ex militantes estudiantiles: "la despreciable ficción de que 'Tlatelolco fue el martirologio de la izquierda dirigente'", en palabras de un articulista.²⁶ Monsiváis extendió esta crítica a los "medios masivos" y al "aparato político" al decir que "una vía amable y práctica de obtención del olvido es la transformación de un crimen colectivo en un hecho sentimental y lírico... Quienes no quieren o no pueden documentar o interpretar, confeccionan otra versión industrial, donde la sensiblería es sentido y desenlace

de lo ocurrido".²⁷ Estas y otras voces críticas apuntaban a las consecuencias de un debate regido por la mera autoridad testimonial de sus participantes, donde "las crónicas minuciosas, los grandes reportajes y los testimonios de carácter moral" superaban ampliamente a los intentos de análisis y documentación.²⁸

Como incipientes intentos de abrir paso a la reflexión, aparecieron en 1978 la primera investigación académica sobre el movimiento realizada por el ex militante Sergio Zermeno y los escritos de José Revueltas, un destacado participante del mismo.²⁹ En forma esquemática, éstos y otros análisis del movimiento, coincidían en señalarlo como el hecho más importante en la vida del país en mucho tiempo, por su poder de convocatoria y combatividad frente al Estado en reclamo de libertades democráticas.³⁰ Las disidencias aparecían a la hora de especificar sus causas,³¹ contenido político³² y composición social.³³

22. Ver por ejemplo la opinión de dos fundadores de *Punto Crítico* en Roberto Escudero y Salvador Martínez Della Rocca, "Mexico: Generation of 68", *NACLA Report on the Americas*, 12, p. 5 (septiembre-octubre 1978), pp. 8-19. Para un seguimiento de las trayectorias de algunos militantes de 1968 ver Eduardo Valle, *Escritos sobre el movimiento del 68*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1984, pp. 127-130.

23. Varios historiadores nacidos entre 1940 y 1950, por ejemplo, señalan en 1968 un momento esencial de su formación intelectual y política. Ver los "testimonios" de Elías Trabulse, Lorenzo Meyer, Antonio García de León, Carlos Martínez Asad y Romana Falcón en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (eds.), *Historiadores de México en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pp. 473, 507, 512-513, 520-521 y 541. Varios de ellos coinciden en que los acontecimientos de 1968 significaron "la gran revisión historiográfica de la Revolución mexicana" *Ibid.*, p. 513.

24. La presentación de denuncias contra Díaz Ordaz en noviembre de 1971 mostró las dificultades de todas las partes para tratar el tema a nivel judicial. Los denunciantes acusaron al ex presidente de "homicidio

y lesiones", pero sólo presentaron cargos por 20 muertos del 2 de octubre de 1968, cuando públicamente sostenían que había habido centenares. A su vez, el procurador que recibió a los abogados de los denunciantes aceptó el oficio, tomó actas y pruebas para guardar todo en un cajón de su escritorio, diciendo: "Ahí se va a quedar". Aunque las formalidades se cumplían, era claro que ni los denunciantes podían probar todos los cargos ni el sistema judicial se iba a ocupar de investigar. Ver E. Poniatowska, "El movimiento estudiantil de 1968", p. 26.

25. Para ejemplos de este lenguaje creado y difundido por narradores y poetas, ver Marco Antonio Campos y Alejandro Toledo (eds.), *Poemas y narraciones sobre el Movimiento Estudiantil de 1968*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996. De los 39 textos aparecidos en esa recopilación, 33 habían sido escritos antes de 1978 y 29 se referían directamente al 2 de octubre de 1968 con expresiones como "la matanza de los inocentes" (Revueltas), "la noche funeral" (Ramírez), "la dicha negra" (Guillén), "el espejo de piedra" (Becerra) o simplemente "la noche," "la masacre" y "Tlatelolco".

26. Eduardo Lizalde, "¿Hemos aprendido algo del 68?", en *Vuelta*, 2, op. cit., p. 23 (octubre 1978), pp. 8-11.

27. En su prólogo al libro de Sergio Zermeno, Monsiváis criticó la "banalización" del 2 de octubre y defendió la necesidad de analizar "causas inmediatas y coherencia, ideología y contenido global de la protesta." Ver Sergio Zermeno, *México, una democracia utópica: El movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI, México, 1978, pp. xxii-xiii.

28. E. Lizalde, op. cit., p. 9.

29. Ver S. Zermeno, *México, una democracia utópica*, op. cit., y J. Revueltas, *México 68*, op. cit. Esta tendencia siguió en los años posteriores. En 1979 se publicó otro libro que amplió la base documental para el estudio del movimiento estudiantil. Ver Carlos Arriola, *El movimiento estudiantil mexicano en la prensa francesa*, El Colegio de México, México, 1979. En 1980 apareció un primer intento de revisión de reflexiones sobre el movimiento mostrando la existencia de un conjunto importante de trabajos. Ver Susana García Salord, "Aproximación a un análisis crítico de las hipótesis sobre el movimiento estudiantil de 1968", en *Cuadernos Políticos* 25 (julio-septiembre 1980), pp. 71-84. En 1981 apareció otro esfuerzo de documentación, conteniendo ensayos, entrevistas a participantes y testigos. Ver Heberto Castillo et al., "1968, el principio del poder", en *Proceso*, México, 1981.

30. Este análisis de los ejes de las discusiones a finales de los años seten-

ta está basado en S. García Salord, "Aproximación a un análisis crítico de las hipótesis sobre el movimiento estudiantil de 1968".

31. Básicamente, unos acentuaban el rol del Estado y otros hablaban de una crisis global del sistema y su repercusión en las capas medias y la dinámica universitaria. Ver, por ejemplo, S. Zermeno, *México, una democracia utópica* y G. Guevara Niebla, "El movimiento estudiantil de 1968", en *Cuadernos Políticos*, No. 17, 1978, pp. 8-13.

32. Las opiniones se dividían entre quienes asignaban al movimiento un carácter "democrático-socialista y revolucionario" con antecedentes en las luchas obreras de la década anterior y quienes lo veían como "reformista" o "democrático liberal". Ver, por ejemplo, J. Revueltas, *México 68*, op. cit., y S. Zermeno, *México, una democracia utópica*, op. cit.

33. Se hablaba de "estudiantil-popular", "pequeñoburgués", "expresión de los sectores medios" y "estudiantil revolucionario", dependiendo, fundamentalmente, del apoyo de la clase obrera y el rol que se le asignara a ésta en los procesos de cambio. En general, un mismo trabajo contenía más de una caracterización. La primera fue la más extendida y la usada con menos rigor analítico, refiriendo generalmente al hecho de que el movimiento estudiantil había trascendido ampliamente las fronteras de las instituciones de educación superior. Ver S. García Salord, "Aproximación a un análisis crítico de las hipótesis sobre el movimiento estudiantil de 1968", pp. 80-83.

Aunque estos trabajos no invocaban su autoridad testimonial, apelaban a la necesidad de balances políticos y análisis teóricos; la repetición de autores y críticos ligados al movimiento muestra que el debate seguía sin traspasar los ámbitos de los ex militantes estudiantiles y algunos círculos intelectuales bastante marginales. El recuerdo de 1968 no convocaba nuevas voces.

Tampoco las manifestaciones realizadas en ocasión del décimo aniversario del movimiento lograron trascender esos ámbitos. Para empezar, fueron organizadas por reducidos grupos de estudiantes que se disputaban el legado de 1968, reproduciendo las peleas de los atomizados grupos y partidos de izquierda que actuaban en las universidades. Según las crónicas periodísticas, además, las marchas y actos celebrados en todo el país tuvieron escasa repercusión y no coincidieron en sus consignas. En algunos casos participaron grupos de familiares de presos y "desaparecidos" pero, aparentemente, no hubo un reclamo centralizado por la clarificación de estos casos. Ambas situaciones se relacionaban directamente con los acontecimientos de 1968 porque muchos de estos presos y "desaparecidos" eran ex militantes estudiantiles que se habían involucrado en grupos guerrilleros. Si bien la amnistía para los presos políticos fue un pedido

generalizado en estos actos conmemorativos, no todos los participantes apoyaban las medidas tomadas, en este sentido, por el presidente José López Portillo.³⁴

Aunque el presidente generalmente evitó despertar polémica en torno a 1968, contrastando con la actitud de Echeverría, tanto la amnistía como el nombramiento de Díaz Ordaz como embajador en España volvieron a plantear el tema en la escena pública.³⁵ En su segundo informe de gobierno, una de las pocas oportunidades en que se refirió públicamente al asunto, se manifestó partidario de poner fin a las "denuncias apocalípticas": "Tiempo es ya de exigirnos madurez y con la misma fruición intelectual con que se denuncia, acometer acciones útiles. No tenemos todos los defectos, ni cargamos con todas las culpas del mundo".³⁶ A las divisiones de los ex participantes del movimiento y a las contradictorias señales de Echeverría, López Portillo se sumó un llamado a dejar el pasado atrás; sin embargo, los cambios políticos de la segunda mitad de los ochenta pusieron al movimiento estudiantil y a la represión gubernamental otra vez en el centro del debate público, ampliando el espectro de participantes.

buscaba evaluar el peso de Díaz Ordaz en los sucesos de 1968. Ver José Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el '68*, Grijalbo, México, 1980. Con respecto a este y otros intentos de clarificar las opiniones gubernamentales sobre los sucesos, Aguayo ha notado que "las memorias de los funcionarios se hacen incomprensibles al tocar esa fecha". Como ejemplo cita los "buceos cantinflescos" de Echeverría en el libro de Luis Suárez, *Echeverría rompe el silencio: Vendaval del sistema*, Grijalbo, México, 1979. Ver también *Excelsior*, 25 de octubre de 1983.

36. José López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso, 1976-1982*, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 1983, p. 59. Hubo otras voces pidiendo "dar vuelta la página". Ver, por ejemplo, *Excelsior*, 3 de octubre de 1978, p. 5.

3. La reivindicación democrática del movimiento

Primero fue el terremoto de 1985 que, mostrando una red de solidaridad y capacidad organizativa autónoma del gobierno y los partidos, hizo que algunos se acordaran de las movilizaciones de los años sesenta.³⁷ Pero fue el conflicto estudiantil de los años 1986 y 1987 lo que volvió a despertar interés por 1968. Los nuevos activistas estudiantiles fueron los primeros en reivindicar la herencia: "Ay José, como me acuerdo de tí en estas Revueltas", pintaron en las calles capitalinas.³⁸ También reconocieron las distancias al decir que sus asambleas habían juntado a "un sinnúmero de grupúsculos que por primera vez en la historia posterior al 68 nos poníamos de acuerdo para algo".³⁹ Las comparaciones se hicieron comunes, "apresuradas", opinaron algunos analistas que criticaron a la nueva dirigencia estudiantil por hacer "uso político de una vinculación estrecha con el simbolismo" de 1968: "No es lo mismo veinte años después".⁴⁰ Desde la revista oficial de la UNAM se señaló que, a diferencia de 1968, el nuevo movimiento era la obra de "organizaciones políticas con fuertes intereses dentro de la UNAM". Además, sus reclamos se concentraban en el campus y atacaban a las autoridades universitarias, quienes, sin

embargo, resolvieron el conflicto "mediante el diálogo y la concertación".⁴¹

También los ex militantes estudiantiles hablaron del nuevo conflicto universitario desde sus experiencias de 1968. Algunos enfatizaron las continuidades: "Somos resumen de luchas anteriores y antecedentes del resurgimiento de la lucha estudiantil actual".⁴² Otros aprovecharon la comparación para reflexionar sobre sus acciones de entonces y sus consecuencias. Gilberto Guevara Niebla, por ejemplo, criticó la "sobrepolitización" y el desprecio por los "asuntos meramente estudiantiles" de 1968 como rasgos de un "vanguardismo iluminado" que luego se extendió a "muchas de las agrupaciones que integran el campo de la izquierda mexicana". Lamentó, también, que los estudiantes y grupos de izquierda posteriores a 1968 hubieran retomado "las concepciones sectarias y antidemocráticas", producto de los años de represión, y no "el discurso y las formas de acción política" del movimiento. Así, Guevara Niebla enfatizaba los largos meses de movilización, poniendo en perspectiva el desenlace trágico. Volviendo a los ochenta, afirmaba su "esperanza [de] que ... logremos liberar al presente del pasado".⁴³

Las repercusiones del nuevo conflicto universitario revelaron que el movimiento estudiantil de

34. Ver *Excelsior*, 2 y 3 de octubre de 1978.

35. Entre los actos de la presidencia de López Portillo, también está la reforma electoral de 1977 que reconocía la proliferación de partidos y grupos de izquierda posterior a 1968. Ver L. Bethell (ed.), *México since Independence*, op. cit., p. 376. El nombramiento de Díaz Ordaz abrió cierta controversia sobre su culpabilidad en los sucesos de 1968, luego de casi diez años de absoluto silencio de su parte. Ante la unanimidad elogiosa de la prensa oficialista, numerosos estudiantes, profesores, periodistas, artistas e intelectuales protestaron sin éxito contra esa designación. El caso más sonado fue el del escritor Carlos Fuentes quien, habiendo participado en el gobierno de Echeverría como embajador en Francia, renunció entonces a su cargo. En 1982, apareció un libro que

37. Una vez más, Monsiváis y Poniatowska se convirtieron en los cronistas del momento. Ver C. Monsiváis, *Entrada libre: Crónicas de la sociedad que se organiza*, Ediciones Era, México, 1987 y E. Poniatowska, *Nada, nadie. Las voces del temblor*, Ediciones Era, México, 1988.

38. Citado en David Aylett, "No es lo mismo veinte años después", en *Vuelta* 13:152 (julio 1989), pp. 49-52.

39. Juan Gutiérrez, "El movimiento estudiantil en la UNAM: Testimonios", en *Cuadernos Políticos* No. 125 (enero-junio 1987), p. 28.

40. D. Aylett, op. cit., p. 49.

41. Mario Ruiz Massieu, "Principales diferencias entre el movimiento estudiantil de 1968 y el del CEU (1986-1987)", *Universidad de México* No. 43: 453 (octubre 1988), pp. 25-27.

42. L. Ayala, op. cit., p. 7.

43. G. Guevara Niebla, *La democracia en la calle. Crónica del Movimiento Estudiantil Mexicano*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1988, pp. 167, 185 y 175.

1968 se había convertido en una referencia disponible para diversos usos, desde diferentes perspectivas generacionales y políticas. Simultáneamente, la creciente oposición al gobierno del PRI se organizó en un movimiento de alcance nacional que hizo de las libertades democráticas el centro de sus reclamos. En 1987, en medio de acusaciones de fraude y manipulación política, un sector del PRI encabezado por el ex gobernador de Michoacán Cuauhtémoc Cárdenas reclamó la apertura del proceso de sucesión presidencial. Muchos de los antiguos activistas del movimiento estudiantil de 1968 se sumaron al Frente Democrático Nacional —el amplio conglomerado de fuerzas de centro-izquierda que apoyó la candidatura de Cárdenas— y protestó por el fraude electoral de 1988. De este frente surgió, en 1989, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), que proclamó sus orígenes en “las gestas y luchas más importantes del pueblo de México en este siglo después de la revolución de 1910-17”, desde “la acción ejemplar y patriótica del presidente Lázaro Cárdenas” hasta “las campañas para incorporar y dar vigencia institucional a los derechos sociales: los movimientos sociales de

los años sesenta y setenta en contra del autoritarismo del poder presidencial; el movimiento estudiantil y popular de 1968; y el gran movimiento por la transformación democrática del país iniciado en 1987”.⁴⁴

Con el fortalecimiento de las fuerzas opositoras, los debates traspasaron los ámbitos de los ya maduros militantes de 1968 ganando nueva presencia pública. La incorporación de muchos de estos militantes a una fuerza política de poderosa presencia nacional dio nueva dimensión a sus ruegos y opiniones sobre el movimiento estudiantil: la izquierda, como dijo Monsiváis, pasó “del ghetto a la explanada”.⁴⁵ Es posible también que el simple paso del tiempo hubiera puesto aquellos sucesos en perspectiva, suavizando enconos internos y convocando a las nuevas generaciones con su imagen de tragedia y altruismo. El éxito conseguido por la obra de Antonio Velasco Piña fue un buen ejemplo de una nueva forma de relacionarse con ese pasado, mucho menos radical en términos políticos, fuertemente mística y enmarcada en una “visión sagrada de la historia”, inspirada en la filosofía oriental y las corrientes “new age”.⁴⁶ Lo cier-

to es que a mediados de los años ochenta se fue afianzando un sistema de creencias y explicaciones que, con variantes, se volvió casi “sentido común” sobre los sucesos de 1968. Esto no significa que hubiera consenso en reclamar la herencia del movimiento, sino que sus detractores eran ya claramente marginales y que sus defensores habían abandonado el tono radical del periodo anterior.⁴⁷ Nacido de los testimonios y análisis aparecidos en los años previos, este “sentido común” tuvo una repercusión pública mucho más amplia que las vertientes que le dieron origen.

La idea de la continuidad histórica del movimiento con todo el esfuerzo democratizador, no era, necesariamente, una afirmación fundada en el análisis del pasado. No es casualidad que la vertiente de investigación y documentación abierta con la publicación de los libros de Zermeño y Revueltas, a finales de los años setenta, no haya tenido dema-

siados practicantes en la década siguiente.⁴⁸ Nuevas formas del género testimonial, dominadas por la nostalgia de la juventud perdida, fueron mucho más comunes.⁴⁹ En estos libros, la urgencia política de los dirigentes y el protagonismo de los intelectuales cedió lugar a las vivencias de los militantes de base o los simples espectadores, junto a una vaga afirmación del contenido contracultural de las protestas. Varios y dispares ejercicios testimoniales reflejaron claramente estos cambios. Paco Ignacio Taibo II, conocido escritor y periodista, publicó sus notas sobre 1968 en un libro que reunía anécdotas personales con una reivindicación de “los mitos” de su generación: la adopción de la cultura juvenil que venía del mundo contra la gestualidad nacionalista del gobierno.⁵⁰ Aparecieron también dos libros colectivos que recogían impresiones y recuerdos de personas que en su mayoría publicaban por primera vez.⁵¹ Diferentes en pericias literarias y cali-

44. En la fundación del PRD confluyeron tres vertientes: la corriente democrática del PRI, la “izquierda socialista”, representada por el Partido Mexicano Socialista (fruto de la unificación del Partido Mexicano de los Trabajadores y del Partido Socialista Unificado de México, a su vez nacido del Partido Comunista Mexicano, la Coalición de Izquierda y el Movimiento de Acción Popular) y la “izquierda social” (que unía organizaciones sociales como la Coalición Obrera, Campesina, Estudiantil del Istmo, la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, la Asamblea de Barrios de la Ciudad de México, la Unión de Colonias Populares, la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata y agrupamientos de activistas políticos con presencia en el medio social como la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, la Organización Revolucionaria Punto Crítico, la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas y el Movimiento al Socialismo). Ver sitio oficial del PRD en internet (<http://www.cen->

prd.org.mx). Para un análisis de la “opción reformista” del PRD ver Jorge G. Castañeda, *Utopía Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*, Alfred A. Knopf, New York, 1993, pp. 155-64.

45. C. Monsiváis, “Del ghetto a la explanada: La transición de la izquierda”, en *Viva* No. 4 (septiembre 1988), p. 18.

46. Su novela *Regina: El 2 de octubre no se olvida*, basada en la historia de una edecán de las Olimpiadas muerta en Tlatelolco, propuso en 1987 esa lectura “espiritual” de los sucesos de 1968. Hacia finales de los ochenta apareció un grupo de seguidores de esta corriente, conocidos como “reginos” o “reginistas”, que hoy en día tienen, incluso, numerosos sitios en Internet. Ver Antonio Velasco Piña, *La mujer dormida debe dar a luz*, México: 1971 y *Regina: El 2 de octubre no se olvida*, Jus, México, 1987; reeditada por Grijalbo en 1997.

47. Para un ejemplo de la persistencia de algunos debates en términos similares a los del periodo inmediatamente posterior a 1968, ver las declaraciones de Luis Gutiérrez Oropeza, ex Jefe del Estado Mayor Presidencial de Díaz Ordaz, y las respuestas de Juan Miguel de Mora en *Excelsior*, 14-17 de mayo de 1986.

48. Pocos libros aparecidos en esta etapa constituyeron aportes heurísticos o analíticos. Entre ellos, ver E. Valle, *Escritos sobre el movimiento del 68*; G. Guevara Niebla, *Las luchas estudiantiles en México*, Editorial Línea, México, 1986; Salvador Martínez Della Rocca, *Estado y universidad en México (1920-1968): Historia de los movimientos estudiantiles en la UNAM*, Joan Boldó y Clement Editores, México, 1986 y el ya citado de G. Guevara Niebla, *La democracia en la calle*. Entre las recopilaciones documentales podría agregarse la publicada en 1990 por el Partido Acción Nacional (PAN) buscando probar “la vigorosa presencia del PAN en el 68”. También es posible ver en esta publicación una confirmación de la fuerza con que 1968 se había impuesto como referencia de la actividad política. Ver Gerardo Medina Valdés, *El 68, Tlatelolco y el PAN*, EPESSA, México, 1990.

49. En esa línea, *Pensar el 68* fue, como dijo un crítico: “el tributo que los memoriosos del Consejo Nacional de Huelga y otros interesados han

querido rendirse a sí mismos”. D. Aylett, “No es lo mismo veinte años después”, p. 49. Ver Raúl Álvarez Garín y G. Guevara Niebla, *Pensar el 68*, Cal y Arena, México, 1988. Algo parecido, aunque más confuso en su organización y opiniones, intentó el ex militante estudiantil Leopoldo Ayala en *Nuestra Verdad*. El tono nostálgico de los ahora “veteranos del 68” es notorio también en las entrevistas aparecidas en el número especial de *Nexos* No. 121 (enero 1988).

50. Paco Ignacio Taibo II, *68*, Joaquín Mortiz, México, 1991. Este fue uno de los ejemplos más claros de la nueva asociación entre protesta política y prácticas contraculturales en las referencias públicas al movimiento estudiantil. En su estudio sobre el surgimiento de la contracultura mexicana, Eric Zolov describe la separación entre música rock y protesta social durante los años setenta y ochenta como resultado de la presión gubernamental y las posturas de la izquierda. De este modo, hasta los noventa, las discusiones sobre 1968 ignoraron la “memoria contracultural” de la época. Eric Zolov, *Refried Elvis: The Rise of the Mexican Counterculture*, University of California Press, México, 1999. Agradezco la sugerencia de este libro a uno de los lectores anónimos que recomendó la publicación de este artículo.

51. Ver *Hoy maestro: Ayer joven del 68*, Casa de la Cultura del Maestro

dades expresivas, estas publicaciones compartían una forma nueva de hablar de 1968. Además del tono personal, cotidiano y nostálgico, todas ellas mostraban hasta qué punto se había extendido una imagen donde Monsiváis y Poniatowska, por ejemplo, eran referencia constante aunque raramente explícita. Varios autores coincidían también en mencionar el conflicto estudiantil de los años ochenta y los actos convocados por Cárdenas como hechos unidos a sus recuerdos de 1968: “la evidencia de las cosas que comenzaron a cambiar desde entonces y la esperanza de los cambios que aún han de acontecer”, en palabras de un editor.⁵²

Esa asociación surgía más de la sensación de “promesa cumplida” de muchos ex militantes que de la apelación directa del PRD a 1968. Si bien Cárdenas concurrió a la manifestación del 2 de octubre de 1988 en Tlatelolco, fueron ex dirigentes estudiantiles los que se encargaron de decir que “el movimiento del 68 se ilumina 20 años después” o que “el movimiento político electoral que estamos presenciando en 1988 se ubica en el mismo eje histórico que el movimiento de 1968”.⁵³ Esas declaraciones provenían de quienes siempre habían predicado en favor de la participación electoral de la izquierda (como los nucleados en *Punto Crítico*) y de quienes militaban en partidos ahora integrados al PRD. Más allá de los matices, puede afirmarse que esa era la opinión predominante en 1988 entre los ex militantes

del movimiento estudiantil.⁵⁴ En medio de ese clima, las iniciativas conmemorativas del vigésimo aniversario contrastaron con las de 1978 por su cantidad, diversidad y capacidad de convocatoria.

4. La verdad como lenguaje político

La ampliación de los espacios de discusión sobre los sucesos de 1968 implicó un cambio fundamental en los términos del debate, especialmente en lo relativo a la represión gubernamental del movimiento. Hasta ese momento, no se había logrado traspasar la acusación política para identificar claramente a los culpables y aportar documentación sobre los muertos y heridos. Recién a finales de los ochenta muchas de las referencias públicas a 1968 se enmarcaron en un discurso que unía reclamos democráticos con un pedido por el esclarecimiento de éste y otros actos represivos en nombre de los “derechos humanos” de las víctimas. Incluso cuando no hubo resultados concretos, el recuerdo público de esos hechos se presentaba como una garantía contra la impunidad de los culpables. Este lenguaje era parte no sólo de la propuesta política de la oposición al gobierno del PRI sino también de un conjunto amplio de organizaciones sociales que aparecieron en México en esos años.

En otros países latinoamericanos, la denuncia de la represión gubernamental fue asumida desde co-

mienzos de los años setenta por diversos organismos más o menos independientes de las partes involucradas. Aunque los gobiernos negaron su colaboración para investigar y persiguieron a los denunciantes al igual que en México, esos organismos lograron convertirse en fuentes confiables de información frente a la comunidad internacional. Pero la red transnacional de derechos humanos surgida en esa época centró su atención en la situación de los países bajo gobiernos autoritarios y no se ocupó del caso mexicano. Como han señalado los estudiosos de esa temática, la existencia de un gobierno civil elegido mediante voto popular con una postura internacional respetuosa de los derechos humanos y la tardía formación de organizaciones nacionales en esa área ofrecen el resto de la explicación.⁵⁵

Fue recién a finales de los ochenta que esa situación comenzó a cambiar tanto en el plano político nacional como en el de las relaciones internacionales. Por un lado, el inicio de las conversaciones con Estados Unidos y Canadá sobre un posible acuerdo de libre comercio causó en el gobierno mexicano una mayor preocupación por su imagen internacional. Por otro lado, la red latinoamericana de derechos humanos se enfocó, por primera vez, en el caso mexicano, una vez que las violaciones en América Central y en el Cono Sur dejaron de ocupar toda su atención. Además, la sociedad mexicana comenzó a mostrarse más receptiva hacia reclamos fundamentados en el discurso de los derechos humanos. Este discurso se extendió mediante la colaboración entre la red transnacional y las organizaciones mexicanas,

que crecieron de 4 a 200 entre 1984 y 1993, incluyendo una Comisión Nacional de Derechos Humanos dependiente del gobierno. Estas organizaciones recibieron denuncias sobre fraude y violencia electoral, violación de las libertades sindicales y de prensa, además de torturas, asesinatos y desapariciones, planteando demandas formales de investigación y sanción de esos casos.⁵⁶

A veinticinco años de los sucesos de 1968, también la discusión sobre el movimiento estudiantil y, fundamentalmente, la afirmación de la brutalidad represiva del gobierno buscó sustentarse en un esfuerzo de documentación que no tenía precedentes. Ejemplo claro de esto fue la Comisión de la Verdad, un organismo independiente convocado con el propósito de averiguar los detalles del 2 de octubre de 1968. Por primera vez se intentó promover un ámbito más o menos independiente para unir nombres con responsabilidades y documentar las acciones de todas las partes involucradas. Además, esos intentos sumaron nuevas voces, entre las que cabe destacar a Sergio Aguayo, un activista de derechos humanos que si bien se consideraba parte de la “generación de 1968” no era públicamente asociado con esos hechos. La Comisión pretendía, en palabras de Aguayo, subsanar la “carencia de una buena explicación histórica” sobre “un asunto que seguía dividiendo a sectores del gobierno y de la sociedad”.⁵⁷ Sin recursos, tiempo o autoridad “para llegar al fondo”, no se pudo avanzar demasiado. No se logró, en particular, establecer la cifra de víctimas. La Comisión recibió datos y analizó setenta casos,

Mexicano, Claves Latinoamericanas, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, 1990 y Daniel Cazés, ed., *Memorial del 68: Relato a muchas voces*, La Jornada Ediciones, México, 1993. Ambos libros recogían los textos presentados a concursos en ocasión del vigésimo aniversario de 1968. El primero había sido convocado por la Casa de la Cultura del Maestro Mexicano y el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista y el segundo por el periódico *La Jornada*.

52. D. Cazés, ed., *Memorial del 68*, p. 9. Ver también P. I. Taibo II, 68, pp.

14-15, 53 y 115.

53. E. Escudero, “El movimiento del 68 se ilumina 20 años después” y G. Guevara Niebla, “Veinte años de construcción democrática”, en *Viva No. 1-5* (septiembre 1988), pp. 27 y 25.

54. Según el seguimiento de “los líderes hoy” realizado por el también ex militante estudiantil Ayala en 1989, la gran mayoría de los listados con filiación política participaban del PDR en ese momento. Ver L. Ayala, *Nuestra verdad*, pp. 31-32.

55. Ver Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink, *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1998, pp. VIII-IX and 110-111.

56. *Ibid.*, pp. 111-114.

57. S. Aguayo, 1968, p. 13. Para declaraciones sobre 1968 de otra activista de derechos humanos, ver las expresiones de Mariclaire Acosta en M. E. Keck y K. Sikkink, *op. cit.*, p. IX.

entre los cuales identificó cuarenta muertos, pero no accedió a los archivos oficiales que consideraba imprescindibles para alcanzar sus objetivos.⁵⁸

Más allá de este fracaso, la necesidad de investigar y documentar lo sucedido en 1968 se transformó en el centro de las preocupaciones de quienes hablaban públicamente de esos hechos. Entre los viejos militantes, González de Alba volvió a mostrar sinceridad y agudeza al criticar los "supuestos" que habían elaborado los ex dirigentes estudiantiles desde la cárcel "sin dato alguno, sin investigación alguna, sin prueba alguna". Atacó también la imagen maniquea de la "honestidad juvenil" contra la "torva maldad del gobierno": ser "víctimas y no triunfadores, nos alineó con los héroes más puros... Puros hasta la muerte. Sólo que no lo consultamos con la multitud que sería sacrificada". El resultado, concluía con un dejo de ironía, "fue un incierto número de muertos y heridos que no hemos logrado enlistar nunca".⁵⁹

Sin la ironía de su compañero, pero con una inquietud similar por nombrar y recordar, otro grupo de ex militantes estudiantiles se propuso, en 1993, construir un monumento, concluyendo así un proyecto nacido en 1988 como parte de las actividades del vigésimo aniversario del movimiento. Las diferencias entre el proyecto inicial y lo que final-

mente se realizó mostraron las complejidades inherentes a toda conmemoración histórica, especialmente cuando se trata del pasado reciente. O, como explicó un ex militante de 1968, "el tiempo, la escasez de recursos, la carga emocional del '68, las diferencias políticas, los celos profesionales, las diferencias de criterio... en fin, los avatares del trabajo colectivo en un proyecto que involucra a la generación del '68 y a la sociedad civil en la circunstancia política del '93".⁶⁰ Lo cierto es que la proyectada creación de una "grieta" en la plaza de Tlatelolco derivó en una serie de placas de piedra con los nombres de veinte muertos del 2 de octubre. El monumento fue inaugurado en el acto más grande realizado hasta entonces en conmemoración de esos hechos. En el mismo escenario de las manifestaciones anteriores se encontraron en esta ocasión muchos de quienes habían intervenido en los debates públicos de los últimos veinticinco años (Álvarez Garín, González de Alba, Monsiváis, Escudero), los líderes del PDR (Cárdenas y Muñoz Ledo) y "muchísimos jóvenes con sus aritos en la oreja, sus pantalones de mezclilla y peinados punk". Los ex integrantes del CNH portaban una manta que sólo decía "XXV años, Democracia y Libertad".⁶¹

Esta inauguración reveló el profundo cambio ocurrido en las formas de relacionarse con ese pa-

sado, en sintonía con una transformación ideológica más amplia de buena parte de la izquierda mexicana. Por encima de discusiones doctrinarias y diferencias políticas, un grupo de ex militantes no sólo persistía en hablar de sus experiencias sino que proponía convertirlas en objeto de conmemoración pública: "Esta placa aspira a romper el anonimato y el silencio, a promover que los vivos reclamen a sus muertos, a que se alcance la verdad".⁶² Este intento se fundaba, al igual que la Comisión de la Verdad, en un discurso que hacía del recuerdo y el esclarecimiento de lo sucedido, condiciones de la convivencia democrática.⁶³ En este "discurso de la verdad", el movimiento estudiantil era más que el antecedente de los movimientos democráticos del presente, así como las muertes del 2 de octubre eran más que el martirologio de la juventud o la revelación de un sistema autoritario. Ahora 1968 se afirmaba como símbolo de todos los actos de violencia y represión que habían quedado sin investigación ni castigo. Sólo el esclarecimiento de lo sucedido, se postulaba, evitaría su repetición.

La insurrección iniciada en Chiapas en enero de 1994 por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional,

una organización guerrillera que reivindicaba los derechos de las poblaciones indígenas, reforzó este nuevo discurso sobre 1968. Ante los enfrentamientos con el ejército, las comparaciones entre ambos momentos se hicieron comunes: "cuando intentábamos enfrentar y resolver el trauma del 2 de octubre, la violencia amenazaba con volver a convertirse en un método para resolver diferencias", dijo Aguayo.⁶⁴ Del lado de los ex militantes estudiantiles, hubo quienes apoyaron abiertamente a los zapatistas y quienes afirmaron la justeza de sus reclamos, pero destacaron las diferencias entre sus métodos y los del movimiento estudiantil de 1968.⁶⁵ Por encima de estas precisiones, sin embargo, las referencias predominantes reforzaron la continuidad entre Tlatelolco y los nuevos actos represivos del gobierno, buscando en el esclarecimiento de esos hechos las nuevas bases de la política nacional. Como dijo el presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, Luis Morales Reyes: "Exigir la verdad en los hechos del 68 es tan congruente como pedir que se esclarezca la masacre de Acteal o los hechos del 10 de junio de 1971. ...La verdad siempre dará salud y libertad a un pueblo".⁶⁶

La mayoría de las iniciativas surgidas en ocasión del trigésimo aniversario de 1968 profundizó las li-

58. Ver las notas de P. I. Taibo II, secretario técnico de la Comisión de la Verdad, publicadas en *La Jornada*, 24 de septiembre de 1998.

59. L. González de Alba, "1968: La fiesta y la tragedia," *Nexos* (septiembre 1993), pp. 23-31. Una polémica entre viejos participantes de estos debates mostró la apelación a la autoridad testimonial en nombre de la "verdad histórica" y ya no de la conveniencia política. Todo comenzó cuando González de Alba criticó duramente la rigurosidad de *La noche de Tlatelolco* de Poniatowska: "Por el camino de Elena Poniatowska quizá el 2 de octubre no se olvida, pero se convierte en otra cosa". L. González de Alba, "Para limpiar la memoria," *Nexos* (octubre 1997), p. 49. Poniatowska renunció al consejo editorial de *Nexos*, Álvarez Garín publi-

có una respuesta poco convincente a su ex compañero del CNH y González de Alba se mantuvo en su posición. Ver "68: dos aclaraciones," en *Nexos* (nov. 1987), pp. 73-77. Entre los ex integrantes del CNH, González de Alba fue siempre el más irónico, el que más distancia puso entre pasado y presente al hablar de 1968. Por la ironía en el relato autobiográfico ver Alessandro Portelli, *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories: Form and Meaning in Oral History*, SUNY Press, Albany, NY, 1991, p. 53.

60. Arnulfo Aquino, "La creación de una estela", en R. Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco*, op. cit., pp. 303-308.

61. *La Jornada*, 3 de octubre de 1993.

62. R. Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco*, op. cit., p. 307.

63. Este mismo discurso fue central en las transiciones hacia gobiernos democráticos en países donde organizaciones transnacionales de derechos humanos habían actuado desde inicios de los años setenta. En relación al uso de este lenguaje por parte de la izquierda latinoamericana, cabe considerar, entre otras explicaciones, la experiencia de la represión gubernamental y la consecuente revalorización de la democracia política, así como las reacciones ante el desmoronamiento del bloque socialista a finales de los años ochenta. Sobre este último punto ver J. Castañeda, *Utopía Unarmed*, op. cit., pp. 237-66.

64. S. Aguayo, 1968, op. cit., p. 14. La insurrección zapatista mostró también que el gobierno no controlaba la información como en 1968 y que los zapatistas manejaban las relaciones con los actores transnacionales

de forma mucho más sofisticada y eficiente. Ver M. E. Keck y K. Sikkink, *Activists Beyond Borders*, op. cit., p. 115.

65. Para la primera posición ver, por ejemplo, R. Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco*, pp. 260-261. Para la segunda posición ver, por ejemplo, L. González de Alba, "1968: De la imaginación al poder al poder sin imaginación", en *Nexos* No. 250 (octubre 1998).

66. En diciembre de 1997 un grupo de paramilitares mató unas 45 personas en la localidad de Acteal, sin que interviniera la policía. Ver *La Jornada*, 29 de septiembre de 1998. También Aguayo se refirió a "las heridas políticas y psíquicas" que provocaba "la carencia de una buena explicación histórica" sobre 1968. Ver S. Aguayo, 1968, op. cit., p. 13.

neas por las que discurría desde principios de los años noventa el debate sobre el movimiento estudiantil y la represión gubernamental: un discurso que unía democracia con derechos humanos, verdad y necesidad de recordar; una tendencia a condensar esos recuerdos en monumentos y ritos; y una convocatoria amplia donde tenían cabida diferentes significados de esos hechos. En relación al mencionado "discurso de la verdad", el dato más importante fue la formación de una Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputados que intentó, nuevamente, aportar información sustantiva mediante la apertura de archivos oficiales y las declaraciones de los protagonistas más destacados.⁶⁷ Con respecto a la inclusión de 1968 en el repertorio de hitos conmemorados a nivel oficial, cabe mencionar dos medidas respaldadas por la posición, ahora dominante, del PRD en el Distrito Federal: la colocación de una placa recordatoria a

67. El acceso a los archivos oficiales fue un tema polémico, provocando numerosas discusiones en la cámara baja y, entre ésta y otros organismos del gobierno. Por ley, la documentación guardada en el Archivo General de la Nación (AGN) debía hacerse pública a los treinta años. Sin embargo, la Secretaría de Defensa Nacional no enviaba sus archivos al AGN y, por tanto, la decisión correspondía a las autoridades militares, quienes se manifestaron repetidamente en contra. Los archivos que la comisión legislativa logró consultar fueron los de la Secretaría de Gobernación, la UNAM, la presidencia de Díaz Ordaz, la cadena Televisa y las universidades de Austin, Texas y Washington y el Departamento de Estado de los EUA. Los repositorios documentales de las dependencias del Estado mexicano habían sido notoriamente expurgados. Ver *La Jornada*, 26 y 30 de septiembre y 1 de octubre de 1998. Para los documentos desclasificados por el *National Security Archive* en respuesta a pedidos amparados en la *Freedom of Information Act*, ver el sitio del *Mexico Documentation Project* en <http://mexconnect.com>. En cuanto a los llamados a declarar ante la Comisión, el caso más sonado fue el de Echeverría quien recibió a los diputados en su casa en medio de una conferencia de prensa, culpó a Díaz Ordaz y se compadeció por las muertes ocurridas. Ver *La Jornada*, 4 de febrero de 1998. La senadora Irma Serrano, quien fuera amante de Díaz Ordaz, criticó duramente las declaraciones de

los "Mártires del movimiento estudiantil de 1968" en la sede de la Asamblea Legislativa del D. F. y la decisión del gobierno de la ciudad de izar las banderas a media asta cada 2 de octubre.⁶⁸ La ampliación de los significados de 1968, por último, continuó un proceso muy evidente en las celebraciones de 1988: el fin del confinamiento de esos debates a los "ghettos" de la izquierda, lo cual fue notorio en los multitudinarios y variados actos realizados en todo el país el 2 de octubre de 1998.⁶⁹ Más allá de diferencias políticas, además, la "generación del 68" había alcanzado las posiciones más altas de poder, desde Cárdenas como gobernador de la ciudad de México hasta el presidente Ernesto Zedillo.⁷⁰

Otras dos novedades en las discusiones de finales de los años noventa merecen ser destacadas. La primera fue el cariz que adquirieron las discusiones en torno al papel del ejército en las acciones repre-

Echeverría. Ver *La Jornada*, 30 de septiembre de 1998.

68. Para el decreto de bandera a media asta, ver *La Jornada*, 1 de octubre de 1998. Hubo otras propuestas en esta línea tales como crear un "Museo del 68" e incluir el tema en libros de texto y programas escolares. Ver *La Jornada*, 24 y 26 de septiembre de 1998.

69. Ver las crónicas de los actos en nueve estados en *La Jornada*, 3 de octubre de 1998.

70. El interés de Cárdenas en los hechos se manifestó repetidamente. La posición de Zedillo fue mucho menos clara. Aunque en 1998 el presidente nada hizo por facilitar la demandada investigación, su preocupación por el tema había sido notoria en 1993 cuando, como ministro de educación, intentó incluir un breve párrafo en los libros de texto: "El 2 de octubre, unos pocos días antes de la inauguración de los juegos olímpicos, un mitin estudiantil fue disuelto por el ejército en Tlatelolco. La sangre corrió y la ciudad se estremeció". Ante la oposición del ejército, el texto no llegó a incluirse. En 1998, además, circuló incluso una foto de Zedillo en 1968 mientras era golpeado por los granaderos. Ver *Newsweek*, 28 de septiembre de 1998. Para un comentario interesante sobre el peso del "hecho generacional", ver Luis Hernández Navarro, "El pasado ya no es lo que era", *La Jornada*, 29 de septiembre de 1998.

sivas del 2 de octubre, en el marco de una discusión más amplia de su participación en la vida nacional, su relativa subordinación al poder político y su aislamiento de otros actores sociales.⁷¹ Cárdenas originó la polémica al declarar que "Ha sido injusto que el Ejército cargue, desde esa fecha [1968], con las responsabilidades de la masacre". Para subsanar este error, llamó a identificar a los culpables que, agregó, "harían un gran servicio a las instituciones en que sirvieron limpiándolas de responsabilidades con las que cargan, que corresponden, en realidad, a individuos".⁷² Sus declaraciones generaron una cadena de respuestas, desde quienes aprovecharon para insistir en la necesidad de cerrar la discusión, hasta quienes buscaron individualizar culpas para presentar acusaciones a nivel judicial.⁷³ Entre los ex líderes del movimiento estudiantil estaban quienes, como Guevara Niebla, ya habían dicho que "la matanza del 68 no fue un crimen de Estado ni el Ejército mexicano como institución es el culpable" y quienes, como Álvarez Garín, consideraban que los delitos cometidos en Tlatelolco constituían un "crimen de Estado".⁷⁴ Las respuestas de los militares fueron previsibles: descartaron la apertura

71. La actuación militar y paramilitar en la zona de Chiapas estaba en el centro de esta discusión.

72. *La Jornada*, 22 de septiembre de 1998.

73. Ver *La Jornada*, 22 y 23 de septiembre de 1998. Ver especialmente las declaraciones del secretario general del PRI-DF llamando a "enterrar" el asunto y la presentación de una demanda penal contra Echeverría, García Barragán y Corona del Rosal por parte de intelectuales, juristas y ex integrantes del CNH.

74. Para las declaraciones de Guevara Niebla, ver *El Universal*, 18 de febrero de 1998. En un sentido similar, González de Alba había declarado en 1993 que la matanza del 2 de octubre había sido "una torpeza criminal" y no "un acto friamente calculado". Para las declaraciones de Álvarez Garín, ver *La Jornada*, 30 de septiembre de 1998 y su libro *Estela de Tlatelolco*, op. cit., pp. 238-258. Aunque hacia hincapié en la responsabilidad institucional,

de sus archivos, reivindicaron la "acción institucional" del ejército, refirieron a las decisiones políticas del gobierno de Díaz Ordaz, al contexto de la Guerra Fría y al apoyo soviético al movimiento, entre otros argumentos conocidos.⁷⁵

La segunda novedad en los debates de finales de los años noventa fue el cuestionamiento al contenido pacífico y democrático del movimiento estudiantil, no por parte de los supuestos responsables de la represión gubernamental, sino por los propios ex integrantes del movimiento y voces de generaciones más nuevas: "Para mi generación, el parteaguas fue 1988 y no 1968", dijo Carlos Tello en *Nexos*.⁷⁶ González de Alba, por su parte, insistió en negar la "idea de que los estudiantes eran totalmente puros". El también ex militante Jorge Poo confesó haber integrado un "comando" estudiantil que hacía "cócteles Molotov", robaba armas a la policía y fue armado a Tlatelolco. Otro ex militante, Joel Ortega, sostuvo en su libro sobre 1968 que los estudiantes se habían considerado revolucionarios, buscando subvertir el orden bajo la inspiración de Castro, Mao y el Che Guevara. Aun si el movimiento hubiera favorecido la democratización

Álvarez Garín no se oponía a la individualización de los culpables.

75. Ver las declaraciones del senador y general con licencia Alvaro Vallarta Ceceña, Gutiérrez Oropeza y Corona del Corral, *La Jornada*, 24 y 26 de septiembre de 1998. Aguayo, sin embargo, cita a un militar que "se quejó en privado de una historia en la que ellos resultaban los principales villanos de Tlatelolco cuando, en su opinión, los habían hecho caer en una trampa". S. Aguayo, 1968, p. 14.

76. Carlos Tello Díaz, "1968: El legado", en *Nexos* No. 249 (septiembre 1998). "¿Dónde está esa generación? ¿Cuáles son sus libros clásicos?", se preguntó el cientista político Antonio Aguilar de 30 años. El movimiento, agregó, "debiera haber dado origen a un nuevo partido socialdemócrata. ¿Dónde está ese partido? Por el contrario, la democracia demoró tres décadas". Ver Martha Brant, "A Secret History", *Newsweek*, 28 de septiembre de 1998.

de México, agregó el analista Jorge Castañeda, ésta "no era ciertamente la intención de los líderes del movimiento ni de sus miembros de base". Y cuestionó las cifras de muertos proporcionadas por testigos, prensa y líderes estudiantiles: "¿Por qué, treinta años después, no han aparecido todavía [los amigos y familiares] de las víctimas con el nombre, la edad y la ocupación del ser querido asesinado?"⁷⁷

También en el plano de la producción académica se manifestaron las nuevas tendencias del debate sobre el movimiento estudiantil y la represión gubernamental.⁷⁸ Entre los esfuerzos de documentación y análisis riguroso, cabe destacar el libro de Sergio Aguayo, quien a través de una impresionante labor de recopilación documental y entrevistas, reconstruyó responsabilidades individuales, lógicas institucionales e influencias internacionales en los sucesos de 1968. Retomó los temas más importantes de un debate público de treinta años, aportando respuestas o líneas de investigación sobre el ejercicio de la violencia gubernamental y las estrategias de resistencia, la actuación de Díaz Ordaz, los servicios de seguridad e inteligencia del gobierno, la influencia de las Olimpiadas, el rol de Esta-

dos Unidos, la Unión Soviética y Cuba. Aguayo demostró el uso de prácticas violentas por parte de todos los involucrados, negándose, sin embargo, a equiparar la violencia estudiantil con la del gobierno y afirmando claramente la responsabilidad de este último. Sin abandonar nunca el rigor académico, su libro participaba claramente del "discurso de la verdad" como una forma de actuar en política: "Para enfrentar los horrores de la violencia política ilegítima hay que verlos de cerca. ...Es el paso previo para erradicarlos total y definitivamente".⁷⁹

Conclusiones

A través del análisis de treinta años de debates públicos, aparece un grupo de personas para quienes el movimiento estudiantil de 1968 y la brutal represión gubernamental que le puso fin, significaron su definición política como generación. Además de los ex líderes estudiantiles, integraron ese grupo otros militantes de izquierda y varios intelectuales que también se identificaron con la herencia política de 1968 desde un primer momento. Ellos insistieron en debatir, públicamente, esas experiencias contradi-

ciendo las versiones oficiales del periodo inmediatamente posterior a Tlatelolco. Pero el mismo principio de autoridad testimonial que los legitimaba limitó su poder de convocatoria. Durante dos largas décadas, este mecanismo restringió la participación de los actores que legitimaban sus voces en otras bases.

Los cambios políticos de finales de los años ochenta significaron una ampliación de los espacios de expresión e influencia de la mayoría de esos participantes. Fue entonces que se hizo evidente la fuerza de 1968 como un mito político capaz de incorporar nuevos contenidos y explicar nuevos rasgos de la vida nacional, desde la proliferación de organizaciones no gubernamentales durante el terremoto de 1985 hasta la convocatoria del PRD en 1988. En este sentido, democracia y justicia se convirtieron en las ideas más consensuales, por encima de los contenidos de lucha revolucionaria y cambio radical del orden social que tuvo (y tiene) para algunos. Poco a poco muchas de las referencias públicas al movimiento estudiantil y a la represión gubernamental de 1968 fueron asumiendo un nuevo lenguaje por el cual esos hechos eran un símbolo, no sólo de la democratización del país, sino también de cuanto episodio de violencia estatal había quedado sin castigo. Así surgió un "discurso de la verdad" que auspiciaba la investigación y documentación independiente de lo sucedido para evitar su repetición. A través de este lenguaje, el poder de convocatoria de ese pasado se amplió notoriamente, como lo demostraron las manifestaciones de 1993 y 1998. A su vez, la imagen de tragedia y altruismo que siempre acompañó la evocación pública de esos hechos siguió atrayendo a nuevas generaciones de mexicanos, junto con un renovado énfasis en el tono contracultural de la época.

Los años sesenta fueron en México, y en el mundo, una época de cambios profundos en todos los ámbitos de la vida. Fue entonces que apareció una nueva actitud iconoclasta contra las escuelas y las universidades, contra las festividades y conmemoraciones de los Estados nacionales, que parecían ahora demasiado impersonales y totalizadoras.⁸⁰ Muchos grupos han tratado, desde entonces, de construir pasados capaces de explicar sus opciones particulares; en ese sentido, la evocación de 1968 ha sido de éxito, ya que ha provisto —a grupos cada vez más importantes en la vida política mexicana— de un pasado propio, un origen específico de sus planteos y reivindicaciones. Durante ese periodo, las referencias a esos sucesos han servido para legitimar diversas formas de actuación en la esfera pública, convirtiendo a 1968 en un poderoso mito político. Si bien en los últimos tiempos han aparecido quienes comparan la referencia a ese año con la apelación oficial a la revolución de 1910 como origen y fundamento de todo, ambos acontecimientos parecen seguir ofreciendo imágenes útiles para la comprensión del presente.

En este sentido, los sucesos de los dos últimos años en México seguramente afectaron las discusiones públicas sobre el movimiento estudiantil a un punto que aún no puede evaluarse totalmente. Por un lado, el fin del largo gobierno del PRI parece haber aflojado el manto de silencio oficial posibilitando la aparición de nuevas fuentes de información, esenciales para entender mejor esos acontecimientos.⁸¹ Pero esa aparente apertura es sólo parte del cambio. En el último aniversario de

77. Para las declaraciones de González de Alba y Poo ver M. Brant, "A Secret History". Para el libro de Ortega y las opiniones de Castañeda, ver Jorge Castañeda, "The Decisive Mystery", en *Newsweek*, 28 de septiembre de 1998. Para otra discusión entre ex militantes estudiantiles en cuanto al contenido democrático del movimiento, ver las expresiones de S. Martínez Della Rocca y Marcelino Perelló en *La Jornada*, 25 de septiembre de 1998.

78. El conocido historiador Enrique Krauze reafirmó en *La presidencia imperial* que 1968 representaba el "verdadero comienzo del colapso" del sistema. El libro incluía un capítulo sobre Díaz Ordaz, con unas notas inéditas del ex presidente que no agregaban mucho al esclarecimiento de su rol y opiniones en 1968. Ver Enrique Krauze, *La presidencia imperial: ascenso y caída del sistema político mexicano, 1940-1996*, Tusquets, México, p. 199. Su colega Claudio Lomnitz, en cambio, atacó esa idea al

afirmar que "Hay un grupo que se está beneficiando del uso de 1968 como otros antes usaron a la revolución mexicana". Ver Martha Brant, "A secret history", op. cit. Otros libros que abordaban estos temas desde una perspectiva académica, cabe destacar la detallada y amena historia intelectual de 1968 escrita por J. Volpi, *El poder y la imaginación*, op. cit. Un documento interesante publicado asimismo en 1998 fue la correspondencia entre Paz, desde la India, y la cancillería mexicana. Ver O. Paz, "Un sueño de libertad: Cartas a la cancillería", en *Vuelta* No. 256 (marzo 1998), pp. 6-14 y 65.

79. S. Aguayo, 1968, op. cit., p. 307. Más en la línea testimonial y ensayística, aunque intentando también un análisis en perspectiva de los sucesos de 1968, ver el libro del ex dirigente estudiantil Raúl Álvarez Garín, *Estela de Tlatelolco*, que también apela a la necesidad de esclarecer esos sucesos como una condición del desarrollo democrático del país.

80. Ver John R. Gillis, ed., *Commemorations: The Politics of National Identity*, Princeton University Press, Princeton, 1994, p. 19.

81. En 1999, Julio Scherer García y Carlos Monsiváis publicaron docu-

esos hechos, el presidente electo Vicente Fox, de viaje en París, rindió su primer homenaje a los muertos al afirmar que "su sacrificio no fue en vano ... sembraron una voluntad de cambio que hoy esta dando sus primeros frutos tangibles". Los usuales organizadores de los actos conmemorativos, en tanto, no lograron ponerse de acuerdo en recorridos y consignas y, por primera vez en muchos años, hicieron dos marchas simultáneas.⁸² Si las nuevas voces oficiales de México no son las de quienes tradicionalmente se han legitimado en la esfera pública como herederos del movimiento estudiantil, éstos están aún aprendiendo a oponerse a un gobierno que no es del PRI. Cómo hablar de 1968 en un país que intenta cambiar sus estructuras y cultura políticas, parece ser el desafío de la nueva etapa.

mentos personales del general García Barragán, Secretario de la Defensa Nacional durante el gobierno de Díaz Ordaz. Ver Julio Scherer García y C. Monsiváis, *Parte de guerra, Tlatelolco, 1968: Documentos del General Marcelino Barragán: Los hechos y la historia*, Aguilar, México, 1999. También se difundió nuevo material filmico. Partiendo del análisis de éstas y otras fuentes, aparecieron algunos intentos de reconstruir en detalle lo sucedido el 2 de octubre para "aproximarse al esclarecimiento de la verdad histórica". Entre estos trabajos cabe destacar el de Carlos Montemayor, *Rehacer la historia: Análisis de los nuevos documentos de 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*, Planeta, México, 2000. A poco tiempo de su triunfo electoral, el propio Vicente Fox se manifestó partidario de "abrir los archivos" de 1968. Ver *La Jornada*, 3 de octubre de 2000.

82. Una fue convocada por los estudiantes universitarios en huelga y la otra por los ex militantes de 1968. Las divergencias no impidieron que presentaran un mismo manifiesto dirigido al nuevo gobierno federal en reclamo de acciones legales con respecto a los "crímenes de lesa humanidad cometidos en México, de 1968 a la fecha." *La Jornada*, 3 de octubre de 2000.

Bibliografía

- AA.VV. (1970). *Los procesos de México 68: Acusaciones y defensa*. México. Editorial Estudiantes.
- AA.VV. (1990). *Hoy maestro: ayer joven del 68*. México. Casa de la Cultura del Maestro Mexicano, Claves Latinoamericanas, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.
- AGUAYO, Quezada Sergio (1998). *1968: Los archivos de la violencia*. México. Editorial Grijalbo.
- ALVAREZ, Garín Raúl y Gilberto Guevara Niebla (1988). *Pensar el 68*. México. Cal y Arena.
- ALVAREZ, Garín Raúl (1998). *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 1968*. México. Editorial Grijalbo.
- ANÓNIMO (1968). *El Mándrigo: Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*. México. Alba Roja.
- ARRIOLA, Carlos (1979). *El movimiento estudiantil mexicano en la prensa francesa*. México. El Colegio de México.
- AYALA, Leopoldo (1989). *Nuestra verdad: Memorial del movimiento estudiantil popular y el dos de octubre de 1968*. México. Joaquín Porrúa.
- BARROS, Sierra, Javier (1971). *1968: Conversaciones con Gastón García Cantú*. México. Siglo XXI.
- BETHELL, Leslie (ed.) (1991). *Mexico since Independence*. New York. Cambridge University Press.
- BLANCO, Moheno Roberto (1982). *Tlatelolco: Historia de una infamia*. México. Diana.
- CABRERA, Parra José (1982). *Díaz Ordaz y el 68*. México. Ed. Grijalbo.
- CALHOUN, Craig (ed.) (1992). *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, MA. The MIT Press.
- CAMPOS, Marco Antonio y Alejandro Toledo (eds.) (1996). *Poesmas y narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- CASTAÑEDA, Jorge G. (1993). *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*. New York. Alfred A. Knopf.
- CASTILLO, Heberto y otros (1981). *1968, el principio del poder*. México. Proceso.
- CAZÉS, Daniel (ed.) (1993). *Memorial del 68: Relato a muchas voces*. México. La Jornada Ediciones.
- (1993). *Crónica 1968*. México. Plaza y Valdés.
- Cuadernos Políticos*. México, 1980 y 1987.

- DE MORA, Juan Miguel (1973). *Tlatelolco 1968: Por fin toda la verdad*. México. Editores Asociados.
- DÍAZ, Ordaz Gustavo (1969). *Quinto Informe que rinde al H. Congreso de la Unión el C. Presidente de la República*. Presidencia de la República. México.
- FLORESCANO, Enrique y Ricardo Pérez Montfort (eds.) (1995). *Historiadores de México en el siglo XX*. México. Fondo de Cultura Económica.
- GILBERT, César (1993). *El hábito de la utopía: Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968*. México. Instituto Mora. Grupo Editorial Porrúa.
- GILLIS, John R. (ed.) (1994). *Commemorations: The Politics of National Identity*. Princeton. Princeton University Press.
- GONZÁLEZ, de Alba Luis (1971). *Los días y los años*. México. Ediciones Era.
- GUEVARA, Niebla Gilberto (1986). *Las luchas estudiantiles en México*. México. Linea.
- (1988). *La democracia en la calle: Crónica del movimiento estudiantil mexicano*. México. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- HABERMAS, Jürgen (1989). *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Cambridge, MA. The MIT Press.
- JARDÓN, Arzate Edmundo (1969). *De la ciudadela a Tlatelolco: México, el islote intocado*. México. Fondo de Cultura Popular.
- KECK, Margaret E. y Kathryn Sikkink (1998). *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca, NY. Cornell University Press.
- KRAUZE, Enrique (1997). *La presidencia imperial: ascenso y caída del sistema político mexicano, 1940-1996*. México. Tusquets.
- LÓPEZ, Portillo José (1983). *El Ejecutivo ante el Congreso, 1976-1982*. Secretaría de Programación y Presupuesto. México.
- MARTÍNEZ, Della Rocca Salvador (1986). *Estado y universidad en México (1920-1968): Historia de los movimientos estudiantiles en la UNAM*. México. Joan Boldó i Clement.
- MEDINA, Valdés Gerardo (1990). *El 68, Tlatelolco y el PAN*. México. EPESSA.
- MONSIVÁIS, Carlos (1970). *Días de guardar*. México. Ediciones Era.
- (1987). *Entrada libre: crónicas de la sociedad que se organiza*. México. Ediciones Era.

- MONTEMAYOR, Carlos (2000). *Rehacer la historia: Análisis de los nuevos documentos de 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*. México. Planeta.
- PAZ, Octavio (1971). *Posdata*. México. Siglo XXI.
- PONIATOWSKA, Elena (1971). *La noche de Tlatelolco*. México. Ediciones Era.
- (1988). *Nada, nadie: Las voces del temblor*. México. Ediciones Era.
- PORTELLI, Alessandro (1991). *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories: Form and Meaning in Oral History*. Albany, NY. SUNY Press.
- RAMÍREZ, Ramón (1969). *El movimiento estudiantil de México*. México. Ediciones Era.
- REVUELTAS, José (1978). *México 68: Juventud y revolución*. México. Ediciones Era.
- RODRÍGUEZ, Lozano Rubén (1968). *El gran chantaje*. México. Ediciones Fomento de la Cultura.
- SCHERER García, Julio y Carlos Monsiváis (1999). *Parte de guerra, Tlatelolco, 1968: Documentos del General Marcelino Barragán: los hechos y la historia*. México. Aguilar.
- SIVAN, Emmanuel y Jay Winter (eds.) (1999). *War and Remembrance in the Twentieth Century*. New York. Cambridge University Press.
- TAIBO II, Paco Ignacio (1991). *68*. México. Joaquín Mortiz.
- VALLE, Eduardo (1984). *Escritos sobre el movimiento del 68*. Sinaloa, Culiacán. Universidad Autónoma.
- VELASCO, Piña Antonio (1971). *La mujer dormida debe dar a luz*. México.
- (1987). *Regina: El 2 de octubre no se olvida*. México. Jus.
- VOLPI, Jorge (1998). *La imaginación y el poder: Una historia intelectual de 1968*. México. Ediciones Era.
- ZERMENO, Sergio (1978). *México, una democracia utópica: El movimiento estudiantil del 68*. México. Siglo XXI.
- ZOLOV, Eric (1999). *Refried Elvis: The Rise of the Mexican Counterculture*. Los Angeles. University of California Press.

Hemerografía

Etcétera. México, 1998.

Excélsior. México, 1975, 1978, 1983, 1986, 1988, 1993.

La Jornada, México, 1998, 2000.

NACLA Report on the Americas, Nueva York, 1978.

Newsweek, 1998.

Nexos, México, 1993, 1997.

Nueva Sociedad, México, 1979.

Plural, México, 1988.

Proceso, México, 1998.

Revista de la Universidad de México, México, 1978, 1979,
1986, 1988.

Revista Mexicana de Ciencia Política, México, 1973.

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, México, 1985.

Texto Crítico, México, 1979.

El Universal, México, 1998.

Viva, México, 1988.

Vuelta, México, 1977, 1978, 1979, 1989, 1998.

Rituales religiosos y políticos en la ciudad de México

Mariángela Rodríguez

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social